

BRENNA WATSON



*La rosa de
Hereford*

A veces, solo en la adversidad descubrimos nuestro auténtico coraje.

En plena campaña contra Napoleón y tras la muerte de su hermano, Nicholas Hancock abandona el ejército para convertirse en el nuevo conde de Sedgwick. Con él trae una promesa que se verá forzado a romper cuando la joven Madeleine Radford se cruce en su camino. Obligado a contraer matrimonio con ella para evitar un escándalo, Nicholas decide desterrarla a su propiedad más modesta y alejada de Londres.

Once años después, tras coincidir en una fiesta, el rey expresará su deseo de conocer a su esposa Madeleine, y Nicholas no tendrá más remedio que volver a buscarla. Pero la mujer que encontrará en Hereford ya no es la joven asustada y tímida que dejó atrás. Ni aquella humilde propiedad es la misma que él le legó.

¿Puede el amor nacer entre las cenizas del rencor? ¿Y el tiempo curar las heridas del despecho? Nicholas y Madeleine tendrán que enfrentarse a su pasado para descubrirlo.

*A mis padres, Celso y Pilar,
que nos dejaron tan pronto.*

*A mis tíos Gloria y José, que desde entonces
han sido como unos segundos padres.*

Y a mi suegra María, que me trata como a una hija.

Prólogo

Villafranca del Bierzo, León, 3 de enero de 1809

Tres días llevaba sin poder quitarse ni siquiera las botas, con el frío tan pegado al cuerpo como su camisa andrajosa y su casaca en otro tiempo encarnada. Ya no era capaz ni de escuchar los ruidos de su estómago vacío, como si este hubiera dejado de implorar un alimento que intuía no habría de llegar.

«Así es que la guerra es esto», pensó Nicholas Hancock, hermano del conde de Sedgwick, al contemplar la plaza del mercado repleta de soldados británicos preparados para presenciar la ejecución. Flanqueado por sus dos amigos, Arthur Chestney, tercer hijo del conde de Marney, y Julien Hodges, segundo vástago del marqués de Crawley, permanecía tan tieso como sus compañeros, viendo cómo el general Moore asistía al fusilamiento de uno de sus hombres.

Nicholas había perdido la cuenta de cuántos días llevaban caminando sin descanso, en jornadas de hasta diez y once horas de marcha, huyendo de las tropas francesas del general Soult y del mismísimo Napoleón al mando de sus Invencibles, como era conocido el cuerpo de élite de su Guardia Imperial. ¿Cómo había podido siquiera pensar en la guerra como en algo heroico y romántico? ¿Honorable incluso? Solo unos meses atrás, al abandonar Lisboa como parte del 50º Regimiento de Infantería de lord William Bentinck, aún soñaba con aquellas gestas que los tres amigos habían leído juntos en Eton, suspirando por convertirse en

los siguientes héroes que llenarían las páginas de la Historia.

España no había sido, ni de lejos, ese campo de batalla en el que los tres jóvenes oficiales aspiraban a destacar. De hecho, batalla no se había producido ninguna, solo algunas escaramuzas aisladas que los húsares del general Paget habían solventado con cierto éxito. Madrid había caído, o eso decían, y no existía mando alguno que impusiera un poco de orden en aquella tierra en la que cada uno parecía bregar en una dirección distinta. El general Moore, aislado, solo, y sin órdenes concretas, había estado a punto de ser rodeado por los franceses en una maniobra de pinza de la que llevaban varios días intentando salir. De ahí las marchas forzadas. De ahí el hambre, la fatiga, la desesperanza... Y la vergüenza. Muchos no lograban entender cómo el general no plantaba cara a aquellos sucios gabachos, aunque les superasen en número, en artillería y en preparación. Nicholas había sido uno de ellos, igual que Arthur y Julien. Eran jóvenes, eran arrogantes. Pero solo había tardado un par de días en comprender que sir John Moore no tenía otra opción si no quería sacrificar a todo el ejército británico. ¿De qué habría servido eso? Era mejor sobrevivir para poder luchar otro día, y con aquella máxima se había iniciado una carrera que los había llevado hasta allí, hasta aquel pueblo que solo era un punto sobre el mapa.

El sonido de veinte mosquetes disparando a la vez lo sacudió. El pobre soldado había sido sorprendido robando un jamón en una casa pese a las órdenes expresas del general de no molestar a los lugareños, y condenado a muerte en el mismo instante. Días llevaba la soldadesca arrancando matojos de las lindes de los caminos, hurtando en las huertas lo poco que aquel frío glacial había dejado bajo la tierra y colándose en casas y cobertizos en busca de algo que echarse a la boca. El hambre no entiende de órdenes ni de rangos. Mucho menos de honor.

El cuerpo desmadejado del soldado quedó tumbado frente al árbol que le había visto caer, y el resto de la tropa fue obligado a pasar junto a él como advertencia. Nicholas ni siquiera le echó una mirada, ya había visto suficiente.

Tras unas breves horas de descanso, llegó la noticia de que los franceses estaban cerca, muy cerca. Alguno incluso bromeó con que había podido escuchar las ventosidades del general Sault, lo que hizo reír solo a unos pocos. Todo el mundo sabía lo que eso significaba. Cuando llegó la orden de ponerse en marcha de nuevo, el descontento se generalizó. Moore pretendía cruzar las montañas en dirección a Lugo. Más de cien kilómetros bajo un tiempo infernal, con lluvia, nieve y un frío que hacía temblar hasta los dientes.

Pero Nicholas tuvo que guardarse sus opiniones. Era un oficial y debía dar ejemplo, lo mismo que Arthur y Julien. Intercambiaron una mirada con la que se dijeron todo lo que necesitaban saber y arengaron a sus subordinados, o a lo que quedaba de ellos.

Durante las primeras horas aún fue viable guardar cierto orden de avance, luego ya fue imposible. Los soldados caían sobre la nieve, sin fuerzas ya para dar ni un solo paso, y no había nadie con la energía suficiente como para alzarlos o transportarlos. Nicholas apretaba las mandíbulas, intentando en vano hacer oídos sordos a aquellos hombres que suplicaban por un mendrugo o por unas horas de descanso. Seguía las huellas ensangrentadas que algunos pies descalzos iban dejando sobre la nieve. Sus propias botas se sostenían a duras penas a base de una complicada maraña de cuerdas y nudos que mantenían la suela sujeta al empeine, y no sabía cuánto tardarían en deshacerse por completo. Observó el calzado de Arthur y Julien, que no mostraba mucho mejor aspecto. Sus rostros pálidos y macilentos, tan demacrados como debía de estar el suyo, le aguijoneaban las entrañas. De él había sido la gloriosa idea de alistarse en la campaña para luchar contra Napoleón.

A pesar de avanzar con la cabeza gacha, protegiéndose de la ventisca, Nicholas creyó percibir un revuelo un poco más adelante. Cuando llegaron a su altura comprendió a qué se debía. Muchas mujeres, sobre todo esposas de oficiales, habían salido de Lisboa con ellos, viajando en la retaguardia y ahora huyendo junto a sus maridos a través de aquel infierno en vida. Ya habían sufrido la desdicha de ver algunos de sus cadáveres jalonando los caminos de aquella tierra, y Nicholas decidió que lo mejor era no alzar la vista, continuar su avance y evitar añadir un horror más a su ya larga cuenta. Pero Arthur se detuvo, y Julien lo imitó. A pocos metros de la senda, una mujer acababa de dar a luz y tanto ella como el recién nacido yacían sobre la nieve, inertes. El bebé, un varón según pudo apreciar, emitió un débil llanto que acabó confundido con el ulular del viento antes de apagarse para siempre. Si Nicholas hubiera tenido la suerte de echarse algo al estómago unas horas atrás, sin duda lo habría vomitado en ese instante. Ni siquiera la abultada y rígida mochila que transportaban, ya casi vacía de cuanto no fuera esencial, había pesado nunca tanto como entonces, llena de tristeza y vergüenza.

En algún momento, en mitad de la noche, Arthur cayó al suelo, incapaz ya de continuar. ¿Cuántas horas llevaban caminando? ¿Catorce, dieciséis? ¿Veinte? Nicholas tenía la sensación de que jamás había hecho otra cosa que poner un pie delante de otro sobre aquel manto de nieve, azotado por el viento y el frío. ¿Cuántos hombres se habían quedado junto al camino? Docenas, centenas de soldados sin nombre ni rostro que engrosarían unas estadísticas que no le importarían a nadie, que ya no le importaban ni siquiera a él. Pero Arthur no. No sería uno de ellos, se prometió Nicholas, que se arrodilló a su lado.

—No puedo más —susurró su amigo, con los labios agrietados y las pestañas llenas de escarcha.

—Tienes que continuar, Arthur. —Nicholas se sorprendió del sonido ronco de su propia voz.

—No... no puedo. Dejadme... Dejadme aquí.

—Ni hablar, amigo. —Julien también había hincado una rodilla en tierra.

Entre ambos pusieron a Arthur en pie y se colocaron a ambos lados, para que se apoyara en ellos. Nicholas echó un vistazo en derredor, buscando un sitio en el que cobijarse.

—Descansaremos un rato ahí, bajo ese saliente —dijo, señalando hacia al frente.

—¿Y los franceses? —balbuceó Arthur.

—Dudo que estén avanzando mucho más rápido que nosotros.

—Yo prefiero morir luchando —repuso Julien, cuyo cabello rubio apenas se distinguía bajo la capa de nieve que cubría su cabeza.

Nicholas no añadió nada más, estaba de acuerdo con su amigo. Si iban a morir esa noche, mejor hacerlo con la espada en alto.

Arrastraron a Arthur y lo sentaron con la espalda apoyada sobre la roca. Nicholas se situó a su derecha y Julien a su izquierda. El improvisado techo de piedra los protegía de lo peor del temporal. Sacaron las mantas de campaña y se cubrieron con ellas. No abrigaban demasiado, pero no había nada más, y encender un fuego estaba muy lejos de sus posibilidades. Nicholas incluso se atrevió a cerrar los ojos unos minutos, sintiendo cómo su cabeza parecía alejarse de él. Volvió a abrirlos, aturdido por la sensación.

—Siento mucho haberos metido en esto —les susurró.

—Tú no nos has metido en nada —replicó Julien.

—Fue mía la idea de alistarnos.

—Claro, claro, porque a nosotros ni siquiera se nos había ocurrido —insistió Julien—. No te apuntes el mérito, Hancock. Si no hubieras sido tú lo habría hecho yo.

—O yo —convino Arthur, que aún respiraba con dificultad.

Nicholas se limitó a asentir, no muy convencido. Tenían dieciocho años, por Dios. ¿Qué diablos estaban haciendo allí? ¿Jugando a ser soldados?

Durante varios minutos, ninguno dijo nada. Se limitaron a observar el cansino avance de la tropa, un desfile de fantasmas recortados sobre la claridad de la nieve que, a veces, Nicholas confundía con los troncos de los árboles. Uno de los soldados alzó la vista y los contempló allí, arrebuja-dos. Debió de pensar que no era mala idea porque, en un instante, sin encomendarse a nadie, tomó asiento junto a Julien y se cubrió con su propia manta. Un par de segundos después roncaba como un bendito.

—Una cama, lo que daría por una cama limpia y mullida —suspiró Julien al cabo de un rato.

—Un asado, yo mataría por un buen asado de cordero.

—Nicholas, no hables de comida, por lo que más quieras —ladró su amigo, cuyo estómago rugió con furia.

—Hablemos entonces de mujeres —musitó Arthur, que parecía haber estado cavilando.

—¿De mujeres? —Nicholas no pudo evitar sonreír—. Hace unos minutos estabas muriéndote, tirado en la nieve. Te has recuperado rápido.

—Hablo en serio.

Nicholas intercambió una mirada extrañada con Julien. ¿Arthur estaba perdiendo la cabeza?

—Tú tienes una hermana, Nicholas —continuó su amigo—. Julien, tú tienes dos, igual que yo.

—¿A esas mujeres te refieres? —repuso Julien, asombrado y algo desilusionado.

—Nos conocemos desde niños, sois mi familia, ahora más que nunca. —Arthur pareció haber recuperado parte de sus fuerzas, porque habló con claridad y sin interrupciones—. Cuando volvamos a casa, si es que volvemos, me gustaría que siguiera siendo así.

—¡Por supuesto que regresaremos! —le interrumpió Nicholas—. ¡Ni se te ocurra siquiera sugerir lo contrario!

—Quiero que hagamos una promesa —continuó Arthur, que ignoró el comentario de su compañero—. Quiero que prometamos que cada uno de nosotros se casará con la hermana de otro.

—¿Eh?

—La vida nos separará, chicos, nos llevará por caminos distintos, nos separaremos —filosofó Arthur—. Si somos familia, de algún modo estaremos siempre juntos.

—Bueno, no sé qué dirá mi hermana al respecto, aunque estoy convencido de que nuestras familias se mostrarán conformes.

—Nicholas, las mujeres de nuestra posición no eligen a sus maridos. ¿No te parece que Julien será un candidato más apropiado para Sophie que cualquier otro petimetre que se cruce en su camino?

—Sin duda.

—Yo tampoco imagino una candidata más apropiada que cualquiera de las dos hermanas de Julien —continuó Arthur—. Y mi hermana Candance sería perfecta para ti.

Nicholas recordaba bien a Candance, una joven bastante bonita y de buen carácter que probablemente se convertiría en una hermosa mujer llegado el momento.

—Aún son jóvenes.

—No estoy hablando de contraer matrimonio en cuanto volvamos a casa, Nicholas. ¡Si solo son unas crías!

—De acuerdo, de acuerdo...

—Me hace feliz pensar que ninguna de ellas acabará con un bruto como marido.

—¿Y qué te hace creer que yo no lo seré? —bromeó Julien.

—Porque te mataría con mis propias manos, por eso lo sé —le amenazó socarrón Nicholas.

—Hummm, tu argumento me ha convencido.

—¿Entonces estáis de acuerdo? —preguntó Arthur, con un hilo de voz. Estaba llegando al límite de sus fuerzas, y ambos amigos lo sabían.

Nicholas extendió su mano. Arthur colocó la suya encima y Julien los imitó.

—Trato hecho —dijeron los tres al unísono.

Arthur respiró profundamente.

—Creo que ahora voy a dormir un poco.

Nicholas se pegó más al cuerpo de su amigo, intentando transmitirle su escaso calor, y sintió que Julien hacía lo mismo. Unos segundos después, el sueño los vencía.

* * *

El cielo clareaba cuando abrieron los ojos. Arthur parecía bastante recuperado, lo que los reconfortó a ambos. Se pusieron en pie, se sacudieron las ropas y guardaron las mantas. El hombre que se había sentado junto a Julien había muerto durante la noche, sin que ninguno de ellos se percatara. Otro nombre que añadir a una larga lista de bajas.

Se lavaron la cara con un puñado de nieve, hicieron sus necesidades a unos pasos del camino y reanudaron la marcha, mezclados con los rezagados del ejército de Moore.

Coronaron la montaña y, al caer la noche, entraron en la ciudad de Lugo como tres almas en pena, pero vivos. Habían sobrevivido a la parte más ardua de aquella marcha de la muerte, pero no a la última.

En los días siguientes, hasta alcanzar La Coruña, aún iban a sufrir jornadas casi tan duras como aquellas, y el día 16 de enero se iban a enfrentar al fin a los franceses en aquella ciudad que se iba a convertir en la tumba del general sir John Moore.

Y también en la de Arthur Chestney, tercer hijo del conde de Marney.

PRIMERA PARTE

LA PROMESA

1

*Londres, Inglaterra, otoño de 1813.
Cuatro años después*

Nicholas Hancock se aburría, y mucho. Aquella era la cuarta fiesta a la que acudía desde que, por un inesperado giro del destino, se había convertido en el nuevo conde de Sedgwick tras la muerte de su hermano Robert a causa de una gripe. Sentado en el salón junto al resto de los caballeros con los que compartía la velada, asistía impertérrito a las conversaciones que se desarrollaban a su alrededor, totalmente ajeno a ellas. Ni siquiera intervenía en las que atañían a la guerra que aún se libraba en el continente contra Bonaparte. Había decidido que no merecía la pena dejar en evidencia a aquellos aristócratas que tanto parecían saber de una lucha en la que no habían participado ni participarían jamás. A la guerra solo iban los pobres y los soñadores; el resto permanecía cómodamente en su casa opinando al respecto y clamando al cielo por la escasez de victorias decisivas.

Pensó que ni siquiera merecía la pena que les hablara de su propia experiencia. En La Coruña, bajo un intenso fuego enemigo, había cargado con el cuerpo de Arthur para alejarlo de la refriega, y hasta los franceses, tan asombrados como sus propios hombres, hicieron un alto el fuego para que lo sacara de allí. Tampoco serviría de nada, reflexionó, que les explicara que meses después de aquello, Julien y él volvieron a alistarse. Ni habrían entendido que le dolieran los huesos al no poder unirse a su amigo para continuar la lucha, porque ahora se debía a su familia y a su recién estrenado título.

Se arrellanó en el sillón, calentando entre las manos una copa de brandy de la que apenas había bebido un par de sorbos, junto a un fuego que crepitaba con una alegría que le resultaba casi ofensiva. ¿Dónde estaría Julien en ese momento? Ambos habían combatido juntos en la batalla de Vitoria hacía apenas cuatro meses, bajo el mando del general Wellesley. Derrotaron a los franceses y, de alguna forma, sintieron que se cobraban venganza por la muerte de Arthur. En los estertores de aquella refriega, una bala de mosquete atravesó el hombro de Nicholas y casi le arrancó la vida. En el improvisado hospital de campaña, rodeado de los gritos y la sangre de sus compatriotas, fue donde se enteró de que su hermano mayor había fallecido y de que se esperaba su regreso a Londres de inmediato. No había vuelto a ver a su amigo desde entonces, y solo había recibido un par de escuetas misivas. Las tropas aliadas se preparaban para enfrentarse una vez más a aquel corso que había arrasado Europa a su paso y que, poco a poco, parecía ir perdiendo su fuerza.

Nicholas no era dado a rezar. De hecho, ni siquiera estaba convencido de creer en Dios. Pero había ocasiones en las que deseaba poseer una ardiente fe que le permitiera comunicarse con su Creador para pedir por la vida de Julien, de su hermano de sangre.

Alzó la vista de su copa y contempló a los hombres distribuidos por el salón. Formaban pequeños grupos mientras fumaban o charlaban, con sus ropajes planchados y sus zapatos lustrosos, y las manos tan limpias que podrían haber comido con ellas. Le costaba identificarse como uno de ellos. No tenían absolutamente nada en común, nada salvo el haber nacido en el seno de alguna de las familias más privilegiadas de Inglaterra. Eso era todo.

De repente, sintió frío en los pies, como si volviera a tenerlos sumergidos en la nieve, y tuvo que aguantarse las ganas de sacarse las botas y comprobar que todos sus dedos seguían allí, al menos los que aún conservaba. En el ca-

mino de Lugo a La Coruña, casi tan infernal como el cruce de la montaña, había perdido finalmente una de las botas y se había visto obligado a culminar la marcha con el pie izquierdo envuelto en su manta de campaña. Como resultado, sufrió la amputación de dos dedos. Nadie lo sabía. No se notaba y no caminaba nunca descalzo. Las escasas mujeres con las que se había acostado desde entonces tampoco se habían percatado. ¿Quién le mira los pies al hombre con el que comparte el lecho?

Incapaz de arrancarse aquella sensación, se levantó. Como si él hubiera dado la orden de salida, los caballeros le imitaron y comenzaron a abandonar la estancia para reunirse con las señoras en el salón. Allí estaba su madre, Maud Hancock, en compañía de la anfitriona, lady Chapman. Ambas mujeres eran amigas de la infancia y, de joven, Nicholas había pasado casi tanto tiempo allí como en su propia casa. De hecho, el segundo hijo de la condesa había sido un buen amigo: Anthony. Y Anthony se encontraba en ese momento de viaje de novios con Candance, la hermana de Arthur Chestney. Al volver de la guerra, había descubierto que la mujer que debía haberse convertido en su esposa era la prometida de uno de sus mejores amigos. El destino la había alejado de él.

Junto a su madre y a lady Chapman se encontraba la baronesa Radford, una mujer de origen francés cuyo acento lo sacaba de quicio cada vez que la oía, que era con más frecuencia de la deseada. Su madre y ella eran casi amigas, o al menos lo habían sido sus respectivas madres, lo que las convertía en algo más que en simples conocidas. Nicholas recordaba haber oído en alguna ocasión que las damas francesas eran las más elegantes de todas las cortes europeas. Aquella señora debía de hacer muchos años que no pisaba París, a juzgar por los colores chillones y los ostentosos adornos con los que se acicalaba. Lo peor, sin embargo, era que obligaba a su hija a imitarla. Nicholas ni siquiera sabía cómo se llamaba aquella joven tímida y tan delga-